

UN SECRETO

472 Cheyne Walk
Chelsea, London

Nov 22, 1917

Estimado doctor:

Ruego disculpe el retraso, pero ciertos asuntos inaplazables me han mantenido ocupado hasta el día de hoy, y créame cuando le digo que me ha sido imposible responder antes a su misiva. De hecho, la naturaleza de mis ocupaciones ha estado relacionada con la cuestión que usted me planteaba, de modo que, a continuación, encontrará una respuesta, no sé si satisfactoria, al misterio del "sujeto S.B.", como usted lo llama. Permítame, en cualquier caso, expresarle mi más enérgica protesta respecto al modo en que usted se está conduciendo en este asunto. A pesar de que es usted un hombre docto, de moral insobornable, y aunque para muchos su profesionalidad está fuera de toda duda, he creído conveniente hacerle notar que ese "sujeto" es, en realidad, un niño, y que las investigaciones que usted pretende llevar a cabo no beneficiarán a nadie; antes al contrario, podrían resultar perniciosas para S.B. Ya sabe usted que tengo en poco aprecio sus procedimientos, así como tampoco comparto sus ideas para con los míos, mas en cualquier caso, ambos somos conscientes de que nuestra "colaboración", por llamarla de algún modo, resulta muy conveniente para los dos. Esto, y el respeto que siento por el excepcional trabajo que realizó en Londres hace veinte años, son las únicas razones por las que me avengo a mantener correspondencia con usted. No hay desprecio ni motivo de ofensa en mis palabras. Espero sinceramente que mi postura le haya quedado clara. Y ahora, procedo a entrar en la materia que nos interesa:

La primera noticia que tuve de S.B. (convengo con usted en que su nombre permanezca en el anonimato) fue hace tres años, a través de un periodista español con el que mantengo ciertos lazos amistosos. Se trata de un curioso individuo al que sus compañeros de profesión apodan El Chucho o El Perro, nadie sabe muy bien por qué. Con respecto a este caballero, le diré que si su experiencia en determinados campos es muy inferior a la de usted, al menos no le anda a la zaga en cuestiones de audacia y astucia; sirva como ejemplo de su valor e inteligencia el hecho de que, en su momento, fuera capaz de acceder a mi persona valiéndose de métodos mucho menos expeditivos que los suyos: el señor Chucho posee ciertos poderes de presciencia y precognición (que sin duda, usted estudiaría en profundidad con mucho más gusto que un servidor), mediante los cuales no sólo dio con mi persona, sino con otros como yo. Al margen, le confiaré una predicción que usted no tendrá jamás la oportunidad de comprobar: según mi amigo, en un futuro relativamente distante, su nieto (que por supuesto, aún no ha nacido) se pondrá en contacto conmigo, tendrá a bien realizar una serie de inestimables servicios para mí, y contraeré con él tal deuda de honor que no podré pagarla nunca. Quede la profecía por escrito, y habré de aguardar a que el tiempo le dé o le quite la razón.

El señor Chucho reside habitualmente en Madrid, y cuando viajé a dicha ciudad para ocuparme de unos asuntos que no vienen al caso, decidí visitarle. Mi amigo me atendió con su habitual cortesía y hospitalidad, cosa que, los de mi clase, agradecemos sobremanera (y le aviso de que no hay en este comentario ningún asomo de ironía). A los pocos días de mi estancia en Madrid, el señor Chucho me informó de que se marchaba de la ciudad, pues había surgido un pequeño asunto que quizá mereciera su atención, y me invitó a ir con él. El asunto, que usted ya conoce bien, se presentó en la forma de una carta escrita por una madre desesperada: al parecer, su hijo (el "sujeto S.B.") había desaparecido, y tenía fundados motivos para creer que no

se trataba de un hecho convencional, como pudiera ser la travesura de un jovencito, o en el peor de los casos, un secuestro o un crimen. La señora aseguraba que, recientemente, su hijo había presenciado la aparición de una diminuta criatura alada, de formas femeninas, mientras jugaba a la espalda de la casita de campo de sus abuelos. Dicha visión, que comunicó a su familia con toda naturalidad, como suelen hacer los niños, había tenido efectos imprevistos en el infante: tomó papel, pluma y tinta de uno de los cajones de su abuelo, y llenó todas y cada una de las hojas con unos hermosos, y no obstante siniestros, dibujos de la misteriosa criatura. Algunos días después, el niño salió por la mañana de la casita de campo, y desapareció. Todos los intentos de búsqueda estaban resultando infructuosos, y así, la señora decidió contactar con el señor Chucho, que era un viejo conocido del abuelo del muchacho.

Estos eran los escuetos hechos que relataba la pobre madre. Además, el señor Chucho me mostró un papel doblado en cuatro partes, que iba adjunto a la misiva. Lo abrí con cuidado y pude contemplar una de esas imágenes que, aunque viva mucho más tiempo, nunca podré olvidar: se suponía que aquello era la obra de un niño de muy corta edad, pero en verdad me resistí a creer que aquello no lo hubiera esbozado un adulto con gran talento para el dibujo. El trazo era seguro, la línea delicada, y el tema... bien, todos sabemos que los niños sienten curiosidad por los cuerpos desnudos desde sus primeros años, pero aquella imagen denotaba un conocimiento profundo de la anatomía humana. Se trataba, como usted ya sabe, de una hermosísima joven en cueros, de huidiza mirada y largos cabellos, suspendida en el aire sobre una hoja de encina, en virtud a lo que parecían las alas de una libélula. Adjunto a la presente una burda copia del dibujo de S.B., que realicé en aquellos días. Le aseguro que no hace justicia al original, el cual conserva celosamente el niño, junto con una enorme colección de ilustraciones propias. Ya sabe que los que son como yo, por alguna razón, carecemos, o quizá perdemos, cualquier tipo de aptitud para las

artes. A pesar de esto, y en contra de sus teorías, la mayoría conservamos la sensibilidad suficiente para apreciar la belleza que nos rodea, lo cual no obsta, y esto se lo concedo a usted, para que poseamos una extraña tendencia a destruir lo que amamos. En cualquier caso, y al margen de estas divagaciones, me tomé la molestia de hacer el calco de una hoja de encina, que en el original era perfectamente reconocible. Esto le dará una idea del tamaño y proporciones de aquel ser.

El caso me pareció sumamente interesante, pues existen pocas situaciones más trágicas en la vida que la pérdida de un hijo, y como yo ya había realizado las gestiones que me habían llevado a la capital española, decidí acompañar a mi amigo en su viaje. Así, tomamos un tren nocturno que nos llevó hasta Albacete, localidad donde reside la familia de S.B., y allí nos hospedamos en un hostel, no muy lejos de la estación ferroviaria. Permanecí todo el día encerrado en mi cuarto, descansando y sesteando, mientras que el señor Chucho aprovechó las primeras horas de la mañana para enviar una nota a la desconsolada madre, donde la avisaba de nuestra presencia en la villa, y regresó pronto para dormir un rato.

Cuando se puso el sol, ya nos encontrábamos repuestos de nuestro viaje. Alquilamos uno de los simones que se hallaban en un paseito, cerca de nuestro alojamiento, y el cochero no tuvo demasiadas dificultades en dar con la finca que andábamos buscando, pues el abuelo de S.B. era un hombre conocido entre sus paisanos. El cochero nos dejó a la entrada de un caminito, vedado por dos postes con una cadena que impedía el paso a los vehículos, y se marchó. Los perros de la casita anunciaron nuestra presencia con bastante antelación, pues estaban ladrando con el habitual celo que los animales muestran ante los desconocidos. (Le diré, doctor, pues probablemente sienta curiosidad sobre este particular, que los caballos que tiraban del coche no sintieron más extrañeza ante mi presencia que la que habrían sentido ante usted, y lo mismo puedo decir de los canes. Admito que suelen

reaccionar con cierto recelo ante los míos, pero le aseguro que no es mi caso: desde los tiempos en que serví en el ejército, me he visto obligado a bregar con caballerías, y estoy convencido de que las nobles bestias, al igual que el resto de los animales, reconocen a aquellos que no albergan buenas intenciones en su corazón. Yo mismo poseo cierto sentido empático que me resulta muy útil para prevenirme de los peligros).

La familia del niño, compuesta por sus abuelos y su madre, salió a recibirnos a la entrada de la casa, y nos ofrecieron una opípara cena de la que yo apenas probé algún bocado. Después, en mi presencia, el señor Chucho procedió a entrevistarse con la madre, y pude escuchar la historia completa y detallada de sus mismos labios. A lo que ya sabía, añadió una serie de curiosidades que, en apariencia, resultaban peregrinas: durante el breve período de tiempo que transcurrió entre la visión de la criatura alada y la desaparición del niño, S.B. aseguró a sus familiares que había contemplado otras maravillas. La señora nos mostró el cartapacio donde había guardado los dibujos de su hijo, y pudimos ver, primero, toda una serie de versiones del original que habíamos recibido en Madrid: en estas nuevas versiones, la misteriosa mujer alada libaba de los estambres de una flor como si se tratara de un insecto, o cabrioleaba por entre los matojos de un arbusto seco. A continuación aparecía este mismo personaje acompañado de otras criaturas semejantes: sobre el blanco y negro se adivinaban cabellos dorados, rasgos orientales en los rostros, alas de mariposa, de mosca y de otros insectos, e incluso había entre aquellas pequeñas obras de arte lo que parecía una niña con alas coriáceas, no muy distintas a las de un murciélago.

Pero esto no era todo. A continuación, nos esperaba una docena de ilustraciones donde se mostraba a unos seres a los que sólo podría definir como "saurios" (así denominan los modernos paleontólogos a los monstruos antediluvianos cuyos huesos son desenterrados aquí y allá, de cuando en cuando), aunque en realidad poseían ciertas cualidades

antropomórficas: algunos se sostenían sobre dos patas, y mantenían una actitud y una postura tal, que a nuestros ojos parecía que estuvieran manteniendo una conversación.

“Mi hijo dice que se trata de una familia”, explicó la madre con respecto a estos seres de aspecto vagamente reptiliano. Ni el señor Chucho ni yo tuvimos nada que oponer a dicha hipótesis.

Había muchos más dibujos, a cuál más fantástico y extraordinario, y confieso que algunos de ellos se resisten a una descripción por escrito. Estuvimos contemplándolos y estudiándolos detenidamente hasta pasada la medianoche, hora en que los abuelos y la madre del niño decidieron marcharse a la cama, pero no sin antes entregarnos unas llaves de la casa, y permiso para entrar y salir cuando y como quisiéramos. Una vez se hubieron retirado nuestros anfitriones, el señor Chucho me confió sus impresiones sobre el caso:

Primeramente, le recordaba a otras desapariciones sucedidas en el Oeste de Inglaterra, y consignadas por algunas eminencias en los campos de la etnología y la antropología, como el profesor Gregg. Un escritor londinense llamado Dyson, amigo del señor Chucho, afirmaba haber presenciado ciertas ceremonias celebradas en lo profundo de los bosques galeses por una especie semihumana a la que se refería como “la gente pequeña”. Siguiendo con el citado (y desaparecido en extrañas circunstancias, según mi compañero) profesor Gregg, esta “gente pequeña”, un pueblo subterráneo y ancestral, es la base para las leyendas que existen en el folklore de buena parte del mundo, relativas a duendecillos y a genios de los bosques, y sobre todo a las Tylwydd Têg gaélicas, que desde un principio tanto usted como yo hemos tenido en mente, esto es, las llamadas “hadas buenas”. Expliqué a mi amigo que, sin duda, algo de cierto había en esa teoría, y yo mismo podía aportar mi testimonio sobre la base de mis propias experiencias, muy lejanas en el tiempo, a decir verdad. Sin embargo, mi impresión (aunque sería más apropiado hablar de “intuición”) era que

estábamos ante algo distinto de una raza perdida en la noche de los tiempos.

Sobre nosotros flotaba la idea del fraude, claro está, pero decidimos que la preocupación que la madre mostraba era auténtica. Además, ella había afirmado que su hijo nunca había visto imágenes de mujeres desnudas, y de hecho, no había tenido acceso a esos volúmenes de cuentos ingleses donde los grabadores retratan a estas curiosas ninfas de las selvas. ¿De dónde había tomado el pequeño, pues, la idea de estas mujercitas aladas?

Decidimos, entonces, dar una batida por los alrededores. El señor Chucho tomó prestada una linterna de la casa y salimos al campo. Recorrimos el huertecito, y después una sucesión de tierras sembradas, hasta que llegamos a una arboleda que se levantaba sobre una elevación del terreno. Mi compañero manifestó que estábamos perdiendo el tiempo, pues él apenas podía ver en mitad de la oscuridad, pero pronto recordó que yo poseo cierta capacidad especial para orientarme por la noche. Así, vislumbré algún movimiento en la copa de dos pinos extrañamente retorcidos y enlazados como si fueran uno solo. Se lo indiqué al señor Chucho, que enfocó el haz de luz en dicha dirección, y en efecto, le pareció ver algo allí arriba. Como podrá usted imaginar, no tuve ninguna dificultad en trepar al árbol, y de hecho, podría haber evitado la escalada, pero no deseaba realizar ningún "truco", por llamarlo de algún modo: la experiencia me ha enseñado que ciertas "manifestaciones" requieren privacidad. A pesar de estas ventajas, propias de los que son como yo, hube de recurrir a toda mi pericia y habilidad natural para no caer desde lo más alto, pues dos fognazos me cegaron momentáneamente. Me agarré a unas ramas, logré incorporarme, y sólo entonces me percaté de la presencia de un niño sentado, con la espalda pegada al tronco y las piernecitas colgando en el vacío. Quedé en silencio durante unos segundos, observándolo, y él me correspondió con una mirada que adivinaba mi figura en la penumbra. El haz de la linterna del señor Chucho nos

alcanzó, y mi amigo preguntó si ocurría algo. “Lo he encontrado”, respondí. A continuación me acerqué hasta la gruesa rama donde descansaba el niño y le pregunté cómo había llegado hasta allí, pero él se limitó a esbozar una amplia sonrisa y dijo: “¿Me puede bajar?”

Se cogió de mi cuello con toda naturalidad, y descendimos juntos, sin mirar abajo ni por un instante.

Durante el camino de vuelta, el señor Chucho no dejó de formular una pregunta tras otra, pero el niño se limitó a mirarnos con esa sonrisa dibujada en sus labios. Puede usted imaginar, doctor, el alborozo de la madre y los abuelos cuando la voz del jovencito los sacó del sueño. El niño recibió de inmediato un baño y una cariñosa reprimenda por parte de su madre, a la que explicamos las circunstancias en que lo habíamos encontrado. Antes de que amaneciera, el señor Chucho y yo regresamos a nuestro hostel, donde dormimos unas horas. A mediodía, mi amigo salió de nuevo en dirección a la casa de campo para interrogar al niño, mientras que yo, como puede imaginar, lo esperé en mi habitación con las ventanas cerradas. Transcurrieron varias horas, hasta que, caída la tarde, llegó al hostel nuestro cochero con un mensaje para mí. Era del señor Chucho, y decía lo siguiente:

“Parece una simple travesura, pero en vista de su excelente salud y forma física, nadie diría que este niño ha pasado varios días subido a un árbol. Además, ¿cómo llegó allí arriba? Él no suelta prenda. ¿Le importaría venir hasta aquí e intentar hablarle usted? Creo que le interesarán las nuevas obras de nuestro muchachito”.

De modo que ordené al cochero que me llevara nuevamente a la casita de campo. Los perros ladraron con menos ímpetu que en mi primera visita, y en los rostros de los abuelos había desaparecido cualquier rastro de pesadumbre. La madre se dirigió a mí para expresar por enésima vez su eterno agradecimiento, y el señor Chucho me indicó que pasara al cuarto del chico. Lo encontré sentado a una mesita

iluminada por dos candelas, dibujando: se había apoderado una vez más de los aparejos de su abuelo. Sigilosamente, me acerqué a él y espié su nueva obra por encima del hombro: estaba dibujando, curiosamente, a un joven soldado vestido con el antiguo uniforme del ejército prusiano, ataviado con la casaca y el sable. En su rostro lucía un elegante bigote pasado de moda hacía demasiado tiempo, y sus cabellos caían por encima de los ornamentos militares.

El niño volvió la cabeza, me miró a los ojos, y a continuación tomó el montoncito de papeles que había sobre la mesa. Rebuscó entre ellos y me mostró tres dibujos: en el primero, pude reconocer sin dificultad alguna a mi amigo, el señor Chucho, cogido del brazo de un caballero con sombrero hongo que se parecía sospechosamente al soldado prusiano, aunque su caduco bigote había sido sustituido por una barba mucho más moderna, como la que yo mismo ostentaba. El segundo mostraba de nuevo a mi amigo, tomando café con la mirada perdida en el futuro, posiblemente. En el tercero estaba otra vez el hombre de la barba, cuyos rasgos me resultaban ahora tremendamente familiares.

"¿No me ha salido bien?", preguntó el niño.

"Creo que eres un gran artista", le respondí. "Me gustan mucho tus dibujos".

"Eres tú", dijo, y señaló al desconocido de la barba y el sombrero.

Sólo entonces logré reconocerme en aquel individuo al que hacía tantos años que no veía. Casi dejé escapar una lágrima de emoción.

"Te contaré un secreto", le dije. "Hace mucho que no veo mi imagen en un espejo".

Esta declaración pareció asombrarle y divertirle a un tiempo, así que, en tono confidencial, decidió confiarme a mí otro secreto, y me contó dónde había estado todos estos días, y cómo había llegado hasta lo alto de un árbol.

Como le decía al inicio de la presente, doctor, me he tomado mi tiempo para responderle debido a cierto asunto que había despertado mi curiosidad recientemente: se trata del caso de las dos niñas de

Cottingley, Frances Griffiths y Elsie Wright, quienes han usado la cámara fotográfica del padre de la última para retratar a unas criaturas muy semejantes a las dibujadas por el niño español. El famoso doctor Conan Doyle ha declarado públicamente que, sin duda, se trata de hadas. Están llegando curiosos del continente americano para investigar la autenticidad del caso. Todo esfuerzo será en vano, por supuesto. Yo mismo he realizado algunas pesquisas, con la ayuda de mi anfitrión en Londres, el señor Carnacki, que ha sido tan amable como para cederme uno de sus dormitorios. Evidentemente, fue su amigo, el señor Carnacki, quien insistió en la indiscreción de avisarle a usted de que yo me hallaba en la ciudad. No me sorprende que ustedes dos desconfíen de mí y se apoyen mutuamente. A fin de cuentas, pertenecemos a mundos distintos.

Le ruego encarecidamente, mi querido doctor, que deje de escribir a la familia de S.B. para solicitar una entrevista con el pequeño, o muestras de sus dibujos. Puedo jurarle que es prácticamente imposible conseguir que ese niño entregue por propia voluntad uno solo de sus magníficos originales. Confieso que yo tuve la suerte de recibir, a través del señor Chucho, un nuevo retrato que, a mi marcha de España, dibujó mi pequeño amigo. En esta ocasión, me pintó con unas gafas ahumadas, el pelo largo y suelto, y una indumentaria que me resulta completamente desconocida. Sin embargo, estoy convencido de que ese individuo soy yo, y no dejo de agradecerle a ese niño que me haya brindado la oportunidad de poder contemplar mi rostro cuantas veces lo desee. Solamente este regalo sería razón suficiente para no quebrantar la confianza que, en su día, el niño depositó en mí.

Por ello, he decidido que la verdad sobre su desaparición, la verdad sobre esas bellísimas, y a un tiempo siniestras criaturas aladas, seguirá siendo un secreto entre el "sujeto S.B." y un servidor.

Le saluda atentamente,

Jakob S.

JÓVENES/ARTISTAS
CASTILLA-LA MANCHA
2MIL7

(A la atención del profesor Abraham Van Helsing, Doctor en Medicina, Doctor en Filosofía, Doctor en Literatura, etcétera, etcétera — Amsterdam)

CERTAMEN
FOTOGRAFÍA
ARTES/PLÁSTICAS
CÓMIC-ILUSTRACIÓN

